

XVIII.

ELOCUENTE DISCURSO DE EL LIBRE ALBEDRÍO.

—A un signo de la Presidencia, entran en el ventrículo varios ugieres, llevando azafates, unos con tortas y pan pintado, y otros con sendos vasos de agua-chirle. Los que sienten necesidad, se alimentan ó beben, ad gratum saporem. Despues, como en Cerebrópolis es desconocida la servilleta y sus usos, cada uno se limpia las regiones labiales con lo que más le viene á mano, que suele ser la manga, ó por mejor decir la media manga, en atencion á que la mitad superior de la funda braquial es el sitio en donde, el que más y el que ménos, ostenta los galones y condecoraciones que realzan su indubitable y no controvertido mérito.—Terminado el pisolabis, cuyo precio se paga á escote y al contado rabioso, sube á la tribuna académica el Libre Albedrio, cargado de cadenas y amarrado al punzante potro de los Deseos y de los Motivos—.

El Libre Albedrio,—hace una reverencia y exclama:—¡Salud y Fraternidad!

Muchos.— ¡Viva la República federal!

El Libre Albedrio.—No lo dije para tanto. Orden y moderacion, señores. ¡Me veis aherrojado y gritais tanto!—Orden, repito, que sin él nunca obtendremos lo que todos anhelamos.

Todos.—¡Viva la Libertad!

El *Libre Albedrío*.—¡Viva!... pero antes oidme y sabed lo que soy *yo*, lo que es la *Libertad*.

¿Por qué la nube en la atmósfera vuela de Oriente á Poniente, ó de Norte á Mediodía?... Porque el viento la empuja; y el viento corre, porque le atrae un vacío... hé ahí la *libertad* en el aire. ¿Por qué el pez se zambulle ó viene á flor de agua, ó nada entre dos idem? Porque le atrae otro pez más pequeño, ménos corpulento, con que ha de alimentarse... Hé ahí la *libertad* en los mares, en los rios y en los estanques. ¿Por qué el leon encamina sus pasos de una á otra selva, por qué salta matorrales y traspone montes y laderas? Porque le fascinan el osmazono, la fibrina, la inósita de las carnes y aún la condrina de los cartílagos de otros animales de ménos vigor y osadía... Hé ahí la *libertad* de las selvas. ¿Por qué giran sobre sus ejes, recorriendo inmensas elipses, la Tierra, Mercurio, Vénus, Saturno y demás planetas, incluso el remotísimo Urano? Porque el sol les atrae y ellos, á su vez, se atraen mutuamente. . Hé ahí la *libertad* en el inmenso espacio... ¿Por qué, en fin, yo, que soy libre entre los libres, libre por antonomasia, contra todos mis propósitos é intenciones de hace un momento, disfruto ahora de la inmerecida honra de dirigiros la palabra?... Porque me ha aludido la *Conciencia*... Hé ahí la *libertad* en *Cerebrópolis*.

Por ahí fuera me tienen todos mucha envidia. De

mi dicen que soy tan absolutamente libre, que de mí dependen las determinaciones de la voluntad; que no obedezco más que á mi propio impulso; que soy tan fuerte y poderoso, que domino todos los poderes, por lo cual yo doy el tono á la *personalidad humana*; de mí se origina la responsabilidad de las acciones humanas; por mí al hombre le son imputables sus actos; por mi causa son premiadas las acciones que redundan en bien de los otros hombres y castigadas las que producen efectos contrarios; en mí se fundan la justicia y la penalidad. Por esto me exploran de continuo; sin arredrarles los densos muros que circundan á *Cerebrópolis*, miden mis intensidades por las palabras que pronuncia y por los actos que ejecuta el individuo... ¡¡Cuánto error!! ¡¡Cuánta vulgaridad!! Imposible parece que los que todo esto han escrito, me hayan albergado en su propio cerebro.

No, señores, no, no creais en mi fortaleza: mi vigor es pura debilidad; mi libertad, ilusion; soy esclavo de los *Deseos* y humilde siervo de los *Motivos*. Dicen que *pensar es pesar*; el lenguaje comun admite esta acepcion: *ponderar*, es un acto intelectual de la *comparacion*; hay, en efecto, acá dentro una *balanza pública*, la *balanza de los motivos*; pues bien, yo no soy el pesador: soy sólo el *fiel* de esta balanza.

Soy del último que me habla... mirad si es débil mi carácter. Ahora mismo los deseos de cesar de ha-

blar me tiran de su parte, para hacer un ensayo de mi libertad de hacer ó dejar de hacer; pero otros deseos, que tienen fuerza de *motivos*, me instigan á continuar mi discurso, para no dejaros con un palmo de narices; y como estos deseos son los que últimamente me han hablado, prosigo y continuaré mi discurso hasta tanto que otros *motivos* me induzcan á callarme.

Pues, si, señores, como iba diciendo, la libertad moral es una quimera, una ilusion que aquí todos nos hemos forjado. Y vosotros mismos, los que ejecutais las delicadas operaciones de la inteligencia, los que profesais la especialidad de los sentimientos y de las pasiones, ¿qué sois, sino meros autómatas? Una sensacion engendra una idea; ésta llama á otra, ésta á otra, y así indefinidamente, y *sin remision*, surgen *recuerdos* tras recuerdos, sin libertad para evitar los unos ó para provocar los otros. Los sentimientos, ¿sois acaso más libres? Así que se llama una idea, os levantais, os removeis, agitais el organismo, oprimís los vasos, perturbais la circulacion, haceis latir el corazón... y no hay quien os acalle, si otros sentimientos, de índole opuesta á la vuestra, no os salen al paso. ¿Es esto libertad, ó es un fatal *automatismo*? En vano me invocais unos y otros .. Yo acudo á vuestro auxilio; pero ¿qué hago? «El *Libre Albedrio*, decís, nos ayudará; él nos dirigirá convenientemente...» Sí, yo vendré, é *inter-vendré*... pero será para decidir en el sentido del último que me

hable; este será el más fuerte y el que tendrá más razon. Cuando me llamareis, yo no sentiré especiales simpatías por ninguno: estaré en el equilibrio móvil de la balanza; pedireis mi consejo, solicitaréis mi decision; os oiré, os atenderé.., pero, ya se sabe, yo caigo siempre del lado del *último que me habla*: no puedo dejar de obrar así. Esta es mi libertad; la libertad que tiene los cuerpos graves para dirigirse hácia el centro de la tierra.

Abatid, pues, vuestro orgullo, potencias y facultades del cerebro; sois míseros esclavos del *Cosmos...* autómatas, como la materia inmunda, grave é inerte.

—*Voces, murmullos y aplausos.*—*Una voz de bajo profundo.*—*Protesto en nombre de las pasiones exaltantes.*

El *Libre Albedrio*.—Siempre creí que los que más debieran guardar silencio serían los que primero saldrian de tono. Señor *Orgullo*, puesto que vos lo quereis, sois ya *motivo* de que calle, y os cedo gustoso la palabra. Exponed vuestra doctrina, que todos estamos dispuestos á oiros. Os advertiré tan sólo que vuestra voz y vuestro tono indican que estais algo alcoholizado... Así, pues, cuidado con la hilaza.

XIX.

EL ORGULLO SE PINTA SOLO.—LA VANIDAD SE RETRATA

Orgullo.—Señores: no os pediré dispensa ni os dedicaré exórdios predisponentes, como han hecho mis predisponentes.

Nado de esto necesito; *yo soy el que soy...* ¿Quién me tose á mi? Soy el tono y la cuerda grave y tirante de la orquesta cerebral. Imágen de Dios en la tierra, soy aquí más que Dios: Dios es trino en el poder... yo soy único. Yo sostengo la dignidad de esta poblacion; ¿qué seria de vosotros y de vuestro decoro sin mis altos hechos y mis gloriosas hazañas? El cerebro á quien abandono, arrastra una vida de langor y de miserias. Yo vivo en la juventud y en la virilidad; necesito fibra, mucha fibra, células, muchas y grandes células; sangre, mucha y rica sangre. No resido en niños, ni en mujeres, ni en ancianos: estas moradas son pobres para mi dignidad y hay en ellas poca sangre; no quepo en células tan diminutas. Yo soy la base de los imperios y de las monarquías, el fundamento de la aristocracia y el distintivo característico del alto clero de todas las religiones.

¿Qué fuera de Felipe II si no hubiese podido decir: «el sol no se pone en mis dominios?» Sin mí, ¿hu-

biera César pasado el Rubicon? ¿Por qué es de color azul tan pronunciado la sangre que corre por las venas de los duques, marqueses, condes y barones? Por que se la tiño yo. Y á no ser este color tan característico de la sangre, ¿qué sería de los nobles? ¿Cómo se distinguirían de la humilde plebe, de sangre roja y caliente, como la del burro, del carnero y de las aves y demás animales útiles por sus carnes ó por el trabajo que producen? Bien es cierto que la gente llana trabaja y piensa, y que esto es un carácter diferencial suficiente respecto de los nobles; pero si se diese el caso de que, influido por el mal ejemplo, que tanto cunde en nuestros días, un aristócrata llegase á hacer algo de provecho, es decir, á pensar formalmente ó á ejercitarse en trabajos útiles, ¿cómo le distinguirían sus ilustres deudos de entre los viles átomos del populacho que constituye las masas?

Nada digo de mi intervencion en el espíritu de los ministros de Dios. Aquí me amoldo á las formas convenientes: en el gran sacerdote de la India, soy poder absoluto y dirijo la voluntad del monarca; en el de Egipto me discuto con Sesostris y le hago perder la chaveta; en los dominios del Islam, soy el iracundo muslim, que de cara á la Meca, grita desde las alturas: «Dios es Dios y Mahoma su profeta;» yo soy, en Mirabeau, el expansivo vapor que, en la hora de la muerte, le hace exclamar: «durmámonos en el lecho de rosas; aguantad la cabeza más grande

del mundo;» yo, en fin, soy el vigor, soy la fuerza, soy el espíritu de la libertad y de la independencia del individuo. No hay poder que me subyugue; soy libre, libérrimo, omnipotente... y profundo conocedor de mi omnipotencia.

Señores: anuncié que iba á hablar en mi nombre y en el de los demás sentimientos expansivos; os engañé, y en este engaño echareis de ver otra muestra de mi superioridad: si me hubieseis conocido, habriais previsto el resultado: yo no puedo hablar de otros; no tengo siquiera el tiempo que necesito para hablar de mí: no soy *altruista*; soy *egoista*. *Dixi*.

[Cuchicheos, silbidos, voces á medio tono de «Pedante, Pedante.» Los sentimientos altruistas se llaman á engaño, y al tocarse las orejas, notan que les han crecido una cuarta; el Amor y la Vanidad se arrojan simultáneamente á la tribuna; se reconocen, se sonrien amistosamente, se dedican un saludo, que implica mútua inteligencia, y al fin, el Amor, deferiendo al sexo, cede puesto y palabra á la Vanidad.

La Vanidad, metida en una enorme crinolina, henchida de hidrógeno carbonado, sulfurado y amoniacal, que huele á gloria, á pesar de las esencias del Serrallo de que están impregnados los vestidos exteriores, exclama:

Señores: Mucho me apenan las inconvenientes irraverencias en que, ante el ilustre Colegio, ha incurrido mi robusto esposo. Si supierais la vida que me da. Yo, tan amante de lucir la palabra, el garbo

y la cultura, ¡verme obligada á convivir con un ente tan grosero! Nos creen similares, y sin embargo, ¡qué diferencia de carácter! *Orgullo* siempre creciéndose, siempre subiéndose, siempre estirándose; yo, tan aficionada á las superficies y á las latitudes. Yo me ensancho, él se alarga; él es mudo, seco, regañon y malcarado; yo afable, dulce, cariñosa y movediza; él fuma, yo chupo caramelos; él bebe coñac, yo bebo orchata; él viste gaban negro y altos cuellos, á mí me gustan la seda, los colorines y sobre todo las vistosas pedrerías; él se pone la mano en el pecho, como Napoleon I, yo me pongo en jarras, como las manolas; él pisa recio con los tacones, yo ando contoneándome, sin apenas hollar la tierra; á él no le gusta el trato, yo soy aficionadísima á la sociedad, quiero que me alaben, quiero oír mis propias alabanzas, y si nadie me aplaude, cuido yo de mis elogios; en fin,—él lo ha dicho,—él es todo fibra, todo sangre, yo soy vapor, nervios é histérico.

Señores: con este contraste de caracteres, nuestra vida conyugal es un infierno... y todos comprendéis que la culpa no es mia, sino de la mala casta de mi marido... Esto digo y no prosigo, porque no me gusta murmurar.

Orgullo pide la palabra para rectificar. Señores: mi ampulosa esposa, la *Vanidad*, os ha dicho lo que es... ¿Por qué no la habeis aplaudido? No os gusta? ¿Qué náuseas son esas? ¿La encontráis fastidiosa emética, intolerable? Pues bien... se vende.

—*Una voz.*—¿Por cuánto se dá?

—*Orgullo.*—Por nada;... por lo que es.

—*Voces.*—¡Bravo! ¡bravo!

Vanidad cae en deliquio en los brazos del Amor; éste la socorre soplándole á las orejas, y exclama: «De hoy más, esta señora es mi inseparable compañera;... quien osare ofenderla, será atravesado por mis dardos... Ahora voy á hacer uso del turno parlamentario que tengo solicitado. Oidme.

XX.

AMOR SE EXPRESA COMO UN FILÓSOFO, SE APODERA DE LA ASAMBLEA Y HACE UN VERSO.

Amor.—Vive Dios, señores, que aquí no sobra urbanidad: se atropella á los débiles; se denuesta, se silba y se desprecia al que no se teme; ni tan siquiera se respeta el decoro de las damas; no parece sino que se haya perdido la noción del buen gusto y de la cortesía.

Y no lo digo para defender á mi bella amiga *Vanidad*, de cuyos hechizos todos anhelaís disfrutar. incluso vos, el insoluble *Orgullo*;... pero quiero que se entienda y no se olvide, que yo soy el gran nivelador de todas las preeminencias; y si, por mí, más de una princesa se ha bajado hasta los borceguies de su paje, y más de un príncipe ha llegado á compar-

tir el solio con la hija de un pechero, estad persuadidos de que, si me amosco, soy capaz de abrasaros en mis divinos rayos y dejaros á todos los miembros de este Congreso derretidos y fundidos en un sólo cuerpo, con una sola voluntad.

Todos.—¡Bravo! ¡Bravo!

—*Pausa: el Amor busca el pañuelo para enjugarse el sudor y las narices; más, como va en cueros, nota que no tiene bolsillos, por lo que se quita la venda con que, al parecer, llevaba tapados los ojos y con este lienzo satisface sus necesidades, y prosigue:*—Porque, señores, yo soy el principio de la existencia y la causa de las esencias. ¿Qué sería sin mí la naturaleza? Los átomos se buscan, se atraen, se combinan, por *amor*:... yo soy la *afinidad*. Los sólidos se disuelven en los líquidos; los cuerpos blandos se adhieren y forman masas coherentes y hasta homogéneas:... yo soy la *cohesion*. Los graves, en el espacio, corren presurosos al centro de la tierra... yo soy la *gravedad*. La nieve del alta cumbre se derrite; estrepitosas cascadas y caudalosos torrentes corren, silenciosos ó murmuradores, al álveo del río, y los ríos al mar; yo, el *Amor*, congrego las aguas en los mares. Por mí las olas, lamen cariñosas las arenistas playas y cubren con manto de blanquísima espuma las peñas del litoral. El sol emite rayos de su luminosa esencia á todos los planetas: este ardor es la vida... es el vínculo del *amor inter-planetario*. El sauce inclina al suelo sus luctuosas ramas; la pa-

sionaria yergue sus tiernos y enroscados tallos provistos de elásticos zarcillos, y entre el árbol y la trepadora se establece un círculo de verdura: es el *amor de los tallos*. La palmera medra solitaria en la huerta; estira su tallo, sin albura, hasta rebasar el muro; el viento, en sus rizadas olas, trasporta el polvillo de las anteras hasta el estigma de la palmera hembra, que á lo léjos crece, esperando el fecundante ósculo; oblongo y rollizo dátíl, de sacarino pericarpio, es el fruto del *amor en las manóicas flores*. En receptáculo de vistosos pétalos y guarnecido de sépalos simétricos, se levantan cinco estambres, que forman círculo alrededor de un lánguido pistilo: el ovario se hincha, se colorea, madura y constituye un tormentoso melocoton... perfumado fruto del *amor de las flores dóicas*.

Llega Primavera, en su carro de oro y grana: las aves ostentan ropajes de deslumbrantes colores y pueblan el aire de dulcísimas melodías; con sus delicados picos, tejen tallos y hojas de gramíneas y con el más fino plumon de su abdómen, construyen linda cuna ó perfecta hamaca, que guarece á la aún no volátil prole; abren los polluelos sus ojos á la luz y su pico al pico de sus progenitores;... es el *amor, el festivo amor de los pajaritos*. La liebre, el conejo, el ciervo, la cabra montés, el gamo, la zorra, el lobo, el tigre y hasta el rey de las selvas, culto rinden al amor en esta época del año; los perros, imitadores de su dueño, se adoran casi cada día y

con ménos recato;... por mí enloquecen en Enero los *félices* concurrentes nocturnos de las azoteas... Y, por debajo de los tejados;... dígalo *El Diablo Cojuelo*, ¡qué cosas hacen los humanos de día y de noche, en invierno y en verano, en primavera y en otoño, agitados por el santo hervidero del *Amor!* Yo, el *Amor*, soy el vínculo de las especies; yo, el *Amor*, soy la causa formal de la humanidad. La mujer es débil;... pero, porque es amorosa, es invencible; el hombre es fuerte;... pero, porque es amoroso, es héroe en la batalla, asíduo en el trabajo, vivo por el ingenio, enérgico en el querer, ardiente en el desear y exquisito en el sentir. Yo vínculo los sexos; soy el mastic de la familia; yo formo los Municipios; yo creo las Provincias, las Regiones, los Estados y las Naciones; yo enlazo y mezclo las castas, abolo los privilegios y levanto por doquiera la sagrada enseña de la *Igualdad* entre los mortales. Yo soy virtud, y fuente de todas las virtudes; yo alumbro á las criaturas con luz divina; por mí el hombre comete el *pecado*;... pero,

Pecado, no; dadle otro nombre;...

Esto es la vida, es la luz;...

El mismo Dios, no os asombre,

Murió por amor al hombre,

Enclavado en una cruz.

He dicho.

—*Profunda sensacion.*—*Se reconoce que el orador ha despertado afectos que estaban latentes entre los miembros del Congreso, quienes, en apasionados transportes, se abrazan y se dan un beso tan sonoro, que hacen temblar sobre sus cimientos la bóveda de cuatro pilares.*—*Sólo se observan dos disidentes entre la concurrencia: ambos son desmirriados y están pálidos: el uno es macho y policéfalo, los Celos; la otra es su indispensable compañera la Envidia. Ambos piden la palabra y se apuestan á subir simultáneamente á la tribuna.*

XXI.

LOS CELOS—UNA TRAGEDIA AMOROSA—.

LOS CELOS.—*Aparece en la tribuna esta pasion multitéfala, con tres docenas de ojos en cada cabeza; en cada ojo se ve ostensiblemente una espesa teleraña, que impide el paso á los rayos luminosos de la realidad. Al ver este orador monstruoso, la concurrencia prorrumpe en una carcajada de burla. El interesado está ya á punto de volverse á su asiento, en vista de tanta hilaridad; mas luego á las voces de «¡qué hable! ¡qué hable!» que salen de los bancos de la derecha, se reanima un poco, y con voz desfallecida, al principio y más enérgica luego, dice:*

Señores: A nadie se le juzga sin haberle oido. Te-

néisme por necio y soy, quizás, más listo que muchos de los que pasais plaza de sabios; me considerais un topo, y, sin que sea alabarme, os puedo asegurar que soy un lince. *Los que mucho veis, no veis más que lo que hay; yo, quizás no vea lo que hay, pero veo siempre lo que no hay.*

Me apuntais los cuernos ¡vaya una mueca fea que haceis con los dedos! Pues, precisamente mentais la soga en casa del ahorcado!... Los cuernos son mi *temor* y sempiterno *tema*. No conozco ser más feliz que el *Uni-cornio*, pues éste es el único animal que puede estar seguro de que no tiene que aguantar más que uno de estos engorrosos apéndices;... los demás y en especial los individuos de la especie humana... veamos: quien más quien ménos, como decía un chusco, en pleno carnaval.

¡Infelices los que no recelais del mundo y sus acechanzas! ¡Desdichados los que confiais en el amor y no considerais que la hermosura es un tesoro muy codiciado! Vivid, vivid, holgad en la confianza y probareis la hiel de los desengaños. ¿Dudais de mi juicio?... ¿Creeis que mis temores son sin fundamento?.. Pues oid una historia sangrienta, en que yo desempeñé el papel de protagonista.

Era el visir Abdel-Pachá buen creyente, valeroso y predilecto del Sultan y del Profeta. Vencedor en cien batallas, y tan rico, que su caballo llevaba heraduras de oro y en cada clavo un brillante de más de tres gramos de peso. La jóven Zelima era circasia-

na, tenia trenzas de coral, cutis de cielo, ojos de marfil y dientes de azabache.

Una voz.—¡Qué belleza más singular!

Los Celos.—Pido que no se me interrumpa, aún cuando diga algunos disparates... Confieso que cuando hablo en público, suelo hacer mala letra;... ya lo apuntaremos en la *fé de erratas*.—Pues, como iba diciendo, Abdel y Zelima, jóvenes y hermosos y además él riquísimo, se vieron y se amaron: pronto el ardor de sus amores llegó á los más altos grados del *piezómetro*: sns corazones se pusieron incandescentes. Abdel, no obstante, como buen moro, era de carácter sombrío: cuando hablaba en el Consejo, ante el Gran Señor, lo hacia en tono sentencioso y breve; su oracion era siempre bien atendida. Zelima, al contrario, era más alegre que unas pascuas. Al punto fué la reina del harem: tocaba la pandereta con más garbo que una gitana; las mariposas envidiaban la ligereza de sus movimientos y los capullos del jardin se abrian para recibir el perfume de sus labios. Otras beldades orientales del serrallo se marchitaron y volviéronse cloróticas de envidia y de fundadisimos celos. Abdel sólo tenia amores para Zelima.

Cierto dia, al saltar la jóven circasiana un cristalino arroyo que dividia en dos partes el jardin, tuvo la desdicha de dislocarse un pié. A los gritos del dolor, acude el jefe de los eunucos. Zelima está en el suelo; su hermoso cuerpo yace desmayado en el

verde césped. *El Zaquir*—así se llamaba el jefe de los eunucos—toma entre sus manos el diminuto pié de Zelima y practica un hábil amasaje, y con el agua del arroyo, hace abundantes abluciones. La jóven exhala un profundo suspiro y abre sus hermosos ojos, que, como dos rayos fulgurados del seno del sol, inflaman el rescoldo de virilidad que se oculta en los más recóndidos repliegues del corazón del eunuco. La pasión le enloquece, y, ciego de amor, imprime un beso de fuego en el empeine de aquel pié, tan desgraciadamente torcido, como hábilmente sobado y refrescado.

Las paredes del Serrallo tienen tantos ojos como juntas los sillares de que están formados. Ni las odalistas ni los eunucos pierden un ápice de esta interesante escena de dolor y de amor. Dos horas más tarde, el visir entraba en el harem, y un minuto después ya sabía, no punto por punto, sino con las exageraciones del odio, cuanto había pasado en el jardín.

Aquella noche—pues era al caer la tarde cuando Abdel venía al harem—pasóla Zelima deshecha en llanto. Testimonio del impuro beso de *El Zequir* lo era una mancha de escarlata en el dorso del pié de la bella. Mas, Zelima, no tanto lloraba de dolor, como de pena. Su adorado Abdel había hallado tibios los labios de la jóven. De todo daba razón la mancha roja del empeine: formaba dos líneas paralelas: eran la huella de los labios de *El Zaquir*.

El visir estaba, no sombrío, sino negro de humor: si hubierais podido verle el corazón, os hubiera parecido la bolsa tintórea de una jibia. No le cabía la menor duda de que el euniquismo de *El Zaquir*, á pesar de las apariencias, era incompleto... Y, como en idéntico caso podrían encontrarse los demás eunucos no graduados del harem, al rayar el alba del próximo día, Abdel, con su propio alfanje, de un sólo y magnífico golpe, cercenaba ocho cabezas de otros tantos servidores, quizá demasiado *integros* del serrallo. La mancha del exíguo pié de Zelima fué instantáneamente purificada con una áscua de carbon de encina. Sobrevinieron los efectos de una profunda y gangrenosa quemadura; una extensa úlcera se formó en el pié y no tardó en extenderse á la robusta pantorrilla de la niña. De tales resultas, Zulima cojea aún hoy día. No importa: cuanto más coja, más amada. Abdel prodiga sus ternezas: la festeja, la regala y á él debe una muleta de oro incrustada de esmeraldas y topacios; la contera es un diamante vaciado.

A pesar de todo, Zelima está triste: hasta el pergamino de su pandereta se ha puesto flácido, marchito y ha perdido su resonancia; las cintas están deshijachadas: parecen planchuelas sucias. Abdel no acierta á explicarse tan honda pena. Ha consultado á los Ulemas, y le han contestado unánimes «*Aj-la-ja,*» esto es, «Dios es Dios y el Mahoma su Profeta...» lo cual, le deja en Babia.

Abdel apura la paciencia de su amada á fuerza de interrogatorios; Zelima, transida de dolor y de despecho, exclama: «no os amo, os detesto.»—«¿Para quién es, pues, tu amor, estrella de mi cielo?»—«Mi amor, mi amor, pertenece á esta imagen —Era un cuadro de Apolo, decentemente vestido, adorno del cuarto de Zelima, de asombroso parecido con el difunto jefe de los eunucos—«Ese habria sido mi único y verdadero amor, si no le hubieses mutilado »

Abdel desenvaina la daga; penetra con ella en el seno de Zelima; ¡la sangre inunda la estancia!... Pocos momentos despues, el arma enrojecida segaba la garganta de su propietario.

Varias voces.—¡Horror! ¡terror! ¡furor!

Otra de timbre chillon.—¡Basta de Matemáticas!

La envidia.—Yo tengo derecho de usar de la palabra.

Todos.—Que hable y se calle pronto.

XXII.

LA ENVIDIA DESCARGA UNA FILIPICA.

La ENVIDIA sube á la tribuna académica y todos admiran la flacura de sus carnes, la palidez de sus labios y los profundos é innumerables surcos de su cara: es una vieja desjugada, más mala que la criada

de Caifás, que enseña el esqueleto á través de las arrugadas piltrafas de sus tegumentos. Se conoce que no come ó que hace malas digestiones; pero en el modo de mirar, se adivina lo que le sobra es ganas de comer. Todos los miembros del Congreso apartan la vista de este despreciable personaje y al unísono exclaman: ¡Tísica! ¡Tísica!

La *Envidia*.—Los tísicos sereis vosotros. ¡Vaya un modo de señalar! Si quereis usar del derecho de saber quién soy y lo que soy, ¿por qué antes de que abra la boca me calificais de semi-difunta? Esto es cuando ménos una ligereza, y puesto que tanto os perjudica la poca gracia de mis gracias, voy á castigaros mostrándoos mi triste anatomía.

Cabeza tengo, pero de zorra: largo el hocico, husmeo el mérito, más le temo en todo cuanto es ajeno á mi individuo. Me irrita el que alguien sea algo; precisamente porque contemplo y estoy plenamente convencida de mi nulidad. Detesto la virtud, porque pone en relieve mi innata maldad. Yo inspiré el primer homicidio; pero la sangre de Abel fecundó la tierra y aún me atormentan sus frutos. Cain hizo mal en derramarla; debiera habérsela bebido.

Puesto que hablo, tengo boca; pero ¡qué boca! Mi lengua es larga, angosta y puntiaguda. Lamo y pico; no le envidio al áspid el dardo córneo. No soy absolutamente desdentada, pues poseo un colmillo en la mandíbula inferior: en esto me distingo de la víbora que lo tiene en la mandíbula superior. Pero este mi

diente, mi precioso diente, se esconde y pone erecto segun me conviene. Por una canalita central que le atraviesa, vierto en la herida que al prójimo infiero un zumo más irritante que el de la ortiga y más venenoso que el ácido prúsico. Tengo en mi boca inagotable depósito de esta ponzoña.

Angosto y flaco es mi pecho; no oireis mi respiracion, pues apenas dilato los pulmones; pero mi hálito envenena á gran distancia. No sé si puede llamar corazon una gran vejiga repleta de amarguísimo humor, que llevo en el centro del pecho; no late sino de pena y de angustia que le causa el bien ajeno. Mi sangre no es caliente ni roja: por lo que está fria y quema, debe ser lejía.

Tal es mi organismo, y aún os dispenso de las garras, y de las culebras, que constituyen mi cabellera. Muchos me creen madre de los *Celos* y se equivocan: no tenemos vinculos de consanguinidad, sino de cobardía; ellos son débiles é inocentes, aún cuando á veces muy feroces; yo soy tenaz, intencionada y amante de cebarme en las victimas. Los *Celos* temen perder el bien que ya poseen y les pertenece; yo no quiero el bien para mí, pero quiero el mal para los demás. Si soy tuerta, es porque me dejé quitar un ojo, á trueque de que otro quedase ciego. Soy hermana de la *Emulacion*, pero nunca hemos podido vivir juntas, ni avenirnos, á causa de que ésta siempre me está machacando con sus titulos de nobleza y exhortándome á no desear el bien

que otros alcanzan, sino á fuerza de trabajo y de asiduidad. ¿Qué me importa á mí la felicidad propia? Lo que yo anhelo y quiero es la desgracia de los demás; quiero que pierdan el bien que poseen, y esto aún cuando á mí no me haya de tocar la más diminuta partícula.

Ea, señores, soy soltera... ¿no hay alguno que aspire á esta blanca mano?

Una voz.—Sr. Presidente: si continúa entre nosotros ese mónstruo de iniquidad, declaro que estamos dispuestos á abandonar el salon.

La *Envidia*. — Cállese el muy hipócrita; ¿quién puede decir que se halle libre de mis dominios? Todos, todos, lo digo bien alto, incluso el Sr. Presidente, todos teneis envidia. Hasta me *envidiais* á mí, que poseo tan raras prendas. Lo que haceis es ocultar vuestros sentimientos y darles nombres que no merecen. Sois tan dueños de no sentir los alfilerazos que yo clavo en vuestro pecho, como de hacer cesar los latidos de vuestro corazon. ¿Me explico? El que se halle exento de culpa, que eche la primera piedra. ¡Aquí, valientes!.. Si la envidia fuese visible «si la envidia se volviera tiña, ¡cuántos tiñosos no habria!»

Todos los miembros del Congreso, incluso el ilustre Presidente, bajan la cabeza y rezan el «MEA CULPA.»